

Discurso del Dr. Rosendo Amor E.,

Presidente de la Academia en el bienio 1938-1940 *

Pienso que el progreso de una sociedad científica como la nuestra que se desarrolla en buena parte de modo espontáneo y natural, es indiscutiblemente biológica la evolución y el progreso de todas las cosas y, por lo tanto, de todas las actividades humanas que están predestinadas al movimiento continuo e incontenible, al escalamiento forzoso, al ascenso constante, a la eterna transformación; en una palabra, al mejoramiento, explicación clara del éxito completo, obtenido aun a pesar de una mediana y modesta labor personal; pero también pienso y creo en el imperativo humano de superación como lógica consecuencia en el cumplimiento de nuestros deberes, parte primera y fundamental en el desarrollo de cualquier programa de trabajo.

Yo afirmé cumplir con el deber que me había impuesto e impuse a mi voluntad hacerlo, hasta donde humanamente se pudiera, aunque fuera preciso sacrificar algunos de mis intereses profesionales o de cualquiera otra clase, hasta el sacrificio de ver limitada mi actuación, como lo dije entonces, al pequeño círculo, inextensible cual si fuera de acero en donde, a pesar de la inquietud de mi carácter, se han movido y vivido siempre mis pobres aptitudes; así ha sido por fortuna y para bien de la palabra empeñada, he cumplido con mi deber, he cuidado en algunos momentos, hasta con cierto esmero, el honor y la dignidad de nuestra gloriosa Corporación y no he cometido voluntariamente acción alguna contraria a sus intereses.

Al terminar mi actuación en la presidencia de esta muy H. Academia de Medicina, de acuerdo con lo que dispone y señala expresamente nuestro reglamento, vengo a entregar al distinguido médico Dr. D. Manuel Martínez Báez, con la solemnidad acostumbrada, el honroso encargo para el que fué elegido y que hace dos años, un distinguido hombre de ciencia e ilustre Académico, en funciones de Presidente, mi antecesor, tuvo a bien poner en mis manos por encargo de ustedes y que ahora, en condiciones seme-

* Leído en la sesión de apertura del LXXVII año académico, celebrada el 10. de octubre de 1940.

jantes, me permito depositar en las muy hábiles del que por vuestra voluntad me sustituye para seguir rigiendo los destinos de nuestra Sociedad. Desde luego, médico de prestigio bien ganado y cuya personalidad es ampliamente conocida, de clara inteligencia, de indiscutible honorabilidad, por su innegable consagración y amor al estudio, por su amplia cultura, por la sinceridad de su modestia y por las valiosas condiciones de su carácter reposado y enérgico, por la conducta ejemplar de todos sus actos que llevan en sí el sello de la justicia y ponderación, por todo lo cual será sin duda el dirigente concienzudo que sabrá sortear con habilidad toda clase de problemas, incluso la multiplicación y aceleración en el ritmo de todos los trabajos y el estímulo en todas las actividades científicas o de otra clase, propias y habituales en la Academia; en particular sabrá cuidar el honor, el nombre glorioso y la sólida reputación que todo el mundo reconoce a nuestra querida y respetada Institución, y de cuantas circunstancias pudieran dañarla por leves que parezcan.

Ya han pasado a nuestro Archivo sugerencias o iniciativas, aparentemente importantes, cuidadosamente disfrazadas con nobles pensamientos; pero que en el fondo, vistas y estudiadas con detenimiento, se descubre su verdadero propósito, el interés personal o comercial, que por sí solo resulta pobre y contrario a los intereses de la Academia y que por ningún concepto debe patrocinarlas, aunque vengan presentadas y expuestas con oportuna habilidad, elogiosos adjetivos, los mejores halagos que encuentran apropiados con tal de conseguir el mejor éxito y cierta reacción sentimental, que casi siempre les es favorable de no estar alerta y prevenido. En épocas pasadas, la glorificación a un sabio y benefactor de la humanidad dió lugar a la celebración de un ceremonial más o menos solemne, pero ruidoso, sobre todo por la abundante publicidad, anotándose triunfo bien sonado el agente de importante casa comercial y uno de sus productos favoritos y como testigo mudo pero elocuente de semejante hazaña, anda por ahí la placa que recuerda al mismo tiempo que la gloria del sabio, el ingenio de un comerciante. El año pasado, una agencia de inhumaciones con propósitos semejantes hizo infructuosos intentos que fueron rechazados. Por otra parte se intentaron también publicaciones indebidas en nuestra Gaceta, sin éxito naturalmente, y

no son raras las consultas o peticiones impropias en las esferas de la diplomacia severa y de la ingeniosa política, para conseguir fáciles ingresos en favor de alguna persona, no muy bien juzgada por falta de tiempo, con cierta festinación, buscando y aprovechando el momento psicológico apropiado.

Tuve la fortuna que, si hubo de mi parte deficiencias y omisiones que soy el primero en reconocer y lamentar, por otra, fueron ampliamente compensadas, superadas quizás, por el número y calidad de los trabajos presentados. Tengo que agradecer a los señores Académicos Chávez, Torroella, Mendizábal, Alfonso Alarcón, Vergara, Aceves, y Vaquero, la gentileza de su cooperación en las sesiones especiales asignadas a las Secciones por iniciativa del que habla, que vinieron a multiplicar de manera muy apreciable el acervo científico de nuestra Academia, con la lectura de algunos trabajos extraordinarios, originales en su estilo, cuidadosamente escogidos y llenos de modernas enseñanzas, de enseñanzas de alta calidad, que por sí solos cubrieron la totalidad del tiempo que les fué señalado y que tuvimos el gusto que fueran escuchados con señalado interés. Lamento, sin embargo, que no todos los señores Académicos invitados con este fin y que ofrecieron su bondadosa colaboración, hubieran podido hacerlo por falta del tiempo más indispensable, viéndonos privados por tan lamentable motivo del gusto de escuchar sus valiosas lecturas.

Es este feliz ensayo, que de algo ha servido, siquiera como buen ejemplo de disciplina y algo más de estímulo, que tanto necesitamos en los difíciles y amargos momentos que presencia la Humanidad atormentada y que viven la Ciencia y la Civilización con inmenso dolor, con suprema angustia; porque ahí en donde naciera la Civilización y las más excelsas virtudes, que al mundo cubrieran con la grandeza de sus bienes y en donde se creara la luz brillantísima de un sol que asomara a los ojos del mundo, de los ojos de la inteligencia del hombre, para iluminar sus destinos, ahí mismo se asesina ahora a la ciencia, a la virtud, a la verdad y se desgarran y deforman las conquistas más nobles y elevadas de la inteligencia, se destroza la libertad del pensamiento, triunfa el crimen más refinado al servicio de la bestia astuta de hierro y del dios del fuego destructor, del infernal espíritu de la devastación, de la maldad, de la mentira, de la traición y de la muerte; y a pe-

sar de tantos motivos de depresión para el trabajador intelectual y que vemos con amargura infinita a la madre Francia brutalmente crucificada, se trabaja intensamente; por eso renuevo una vez más mi mayor gratitud para todos ustedes, lo mismo para los que tuvieron oportunidad de leer sus trabajos especiales, que para los que han quedado aplazados y para todos en general, porque en estos dos últimos años se han intensificado a sus expensas las labores y se han leído muchas memorias de alta calidad, en las que por igual se observa el admirable espíritu analítico que lo escudriña todo, que la estricta disciplina de sus autores con que han procedido en las investigaciones de todos sus pensamientos hasta alcanzar el objetivo principal, conjunto valioso, esfuerzo que forma un caudal impetuoso de ciencia en marcha hacia los más bien cultivados campos de la Medicina, en donde ya se han cosechado los más sazonados frutos en todas épocas de la vida gloriosa de nuestra Sociedad, que al nacer envuelta en su destino al amparo de un grupo venerable de reputados hombres de ciencia llenos de sabiduría, sigue y seguirá viviendo la misma vida encumbrada de siempre o sea la vida predilecta de sus hijos.

Estos dos últimos años también se ha cultivado abundantemente y estoy cierto que se seguirá cosechando en el porvenir; es la obra grandiosa de una vida de común esfuerzo que ha sido cuidadosamente guardada y archivada en nuestra Biblioteca y allí permanecerá para siempre como una reliquia, valioso patrimonio de sabias enseñanzas que están guardadas para que las generaciones futuras tengan la dicha de consultarlas llenas de admiración y respeto para quienes tanto trabajaron y pensaron en el bien de la Humanidad.

No podré terminar sin hacer fervorosa oración de recuerdo para los venerables maestros académicos que han partido últimamente para no volver más, y que descansan en la eternidad; pero han quedado silenciosos huecos en nuestras filas, llámense corresponsales, titulares u honorarios, y no sabemos cuándo podrán ser cubiertas; pero la ciencia que produjeron, las ideas geniales que consiguieron, las valiosas producciones de su gran imaginación, que cristalizaron en preciados dones, esas obras serán propiamente el

alma inmortal de nuestra Academia, al servicio de los futuros académicos que quieran cumplir con el humanitario y sagrado lema de: **vivir para todos.**

Discurso del Dr. Manuel Martínez Báez,

Presidente de la Academia en el bienio 1940-1942 *

Sean mis primeras palabras para cumplir el grato deber de expresar a los señores miembros de la Academia Nacional de Medicina mi agradecimiento profundamente cordial por el honor, tan grande cuan innmercido, que han querido hacerme al designarme para ocupar la Presidencia de esta ilustre Corporación en el período de labores que hoy se inicia. Tengo conciencia plena de que solamente por un favor especialísimo he llegado a este sitio, que cada uno de mis compañeros podría ocupar con mérito mucho mayor que yo. Si esta conciencia de la exigüidad de mis merecimientos no ha sido bastante para hacerme declinar tal honor, es, en gran parte, porque considero que ocupar un puesto directivo en esta Compañía ha de entenderse principalmente como llegar a una situación desde la cual se han de servir asiduamente los altos intereses de la Academia. Ha sido, pues, la idea de que se me pedía un servicio, lo que me ha obligado a acatar el mandato que me ha traído hasta este sitio.

Servir eficazmente a la Academia es algo, sin embargo, que también requiere facultades de las que carezco. Una sola creo poseer y es el deseo ferviente de hacer algo, aun cuando sea bien poco, para el progreso de la Institución, y la convicción que abrigo de que una voluntad decidida, animada por una recta intención, puede, a veces, suplir la escasez de otras aptitudes. Más todavía: me ha alentado la consideración de que, para lograr mis propósitos, he de contar con un factor poderoso: con las capacidades amplias y con la gran laboriosidad de mis honorables consocios, lo que es augurio de positivo éxito.

Hace breves momentos habéis escuchado el amplio informe

* Leído en la sesión de apertura del LXXVII año académico, celebrada el 1o. de octubre de 1940.

que, con la acuciosidad y la eficacia que todos nos complacemos en reconocerle, nuestro Secretario Perpetuo os ha presentado, y ese documento os ha hecho saber, con todo detalle, cómo nuestra Compañía aprovechó el pasado año de labores, cómo se ha superado a sí misma y cómo no es un mero optimismo, sino una justa consideración de la realidad, lo que me hace asegurar que nuestra corporación va viviendo una vida activa, fecunda y provechosa.

Factor de primer orden para alcanzar el progreso que se os ha hecho patente, ha sido, sin disputa, la hábil y diligente gestión de mi antecesor, el maestro don Rosendo Amor, quien con dedicación que bien se puede calificar de abnegada, dedicó a su tarea todo el tiempo que ésta le exigió, y el grande interés y decidido empeño que pone en todas las labores que tiene a su cargo. Una vez más ha justificado aquí su fama de maestro, adquirida cumplidamente a través de largos años en que profesó en nuestra Facultad, que nos hace llamarlo siempre con el alto título de "maestro", aun a algunos quienes, como yo, no tuvimos el honor de ser sus alumnos, y que culminó cuando estuvo al frente de la Dirección del Plantel desde donde prodigó su esfuerzo inteligente, tanto en el aspecto de mejorar, en todos sentidos, la educación que se impartía en el establecimiento, como también en ese otro aspecto más delicado y más difícil, de guiar en la vida a los futuros médicos y de enseñarles, más que con otra cosa, con su personal ejemplo, una conducta inspirada en un recto ideal. Efectivamente, su paso por la Presidencia de esta Compañía puso de manifiesto una vez más sus grandes cualidades y sirvió para robustecer los vínculos de estimación y de afecto que lo ligan estrechamente con sus discípulos y con sus compañeros. Es para mí un positivo placer presentar al Maestro Amor, mi saludo respetuoso, mi felicitación sincera por su acertada gestión y la promesa que le hago de esforzarme por continuar su obra.

Nos toca hoy iniciar nuestras labores en una hora solemne y trascendental para la historia de la Humanidad. La madre Europa, cuna del saber y maestra nuestra por los siglos, nos ofrece hoy el espectáculo atroz de su desgarramiento, en la más cruel y más extraña de las guerras. La tragedia que de lejos presenciamos y que en lo más hondo de nuestro corazón sentimos, es de tal manera tremenda y compleja, que nuestra capacidad para compren-

derla se siente desbordada y apenas si alcanza para lamentarla. No obstante, alcanzamos a sentir o a adivinar que quizá no son tan sólo los factores que generalmente se invocan como causa de este caos lo que ha venido a provocarlo. Es, acaso, algo más hondo, más vasto, más trascendental. Es, tal vez, la manifestación patente de que el orden social y la civilización imperantes en los pueblos de Europa han llegado a un punto en que, no habiendo sido superados en tiempo oportuno, han causado el espantoso desastre del que la Humanidad no habrá de reponerse sino a través de penosos y prolongados sacrificios.

La distancia material que nos separa del continente convulso no ha de ser óbice para que seamos alcanzados por la catástrofe. Y no me refiero aquí, como bien se adivina, al hecho de si alguna vez, directa o indirectamente, nuestro país pueda verse mezclado materialmente en el conflicto. Aludo especialmente a las repercusiones que sobre la cultura y sobre el trabajo intelectual puede tener esta guerra. Nadie sabe desde ahora cuáles serían estas consecuencias y, por lo mismo, parece imposible adoptar ya determinada actitud de prevención o de defensa.

A nadie se disimulan las ventajas que resultarían para nuestras actividades de que la Academia se encontrase en este recinto como en un remanso al que no alcanzasen las conmociones que sacuden al mundo. Error funesto sería dejar aquí el paso franco a las banderías y a las divergencias de opiniones que a tantos agitan en la hora presente; pero también sería un grave error pretender permanecer ajenos a la angustia del momento actual. Ni podríamos lograrlo, aunque quisiéramos, tanto porque no siempre alcanza la voluntad fuerza bastante para expulsar lo que invade nuestra esfera sentimental, como porque no es imposible que las repercusiones que tal conmoción pueda tener entre nosotros, obliguen alguna vez a la Academia, como parte de sus deberes normales, a ocupar su atención en el estudio de nuevos problemas que como consecuencia de tal situación puedan plantearse. Es menester que la Academia se encuentre pronta a prestar el auxilio que deba para la resolución de tales problemas. Ojalá —y formulo este deseo con la más vehemente sinceridad— nunca tengamos que encararnos con las cuestiones que suscitaría la extensión de la lucha armada a nuestro territorio. Por nuestra suerte, todo parece indicar

que tal eventualidad no se ha de presentar; pero si fuere así desgraciadamente, no sería decoroso, ni siquiera posible, que la Academia se abstuviese de tomar conocimiento de tal hecho y de prestar la contribución que específicamente pudiera corresponderle.

Importa meditar en los sucesos que actualmente ocurren en el mundo, y no con el frívolo interés del mero espectador, sino con seria y atenta consideración. Importa decidir si seguimos estimando lo que hasta ahora ha sido el más alto ideal del hombre: la libertad, el respeto a los derechos del individuo dentro de la consideración máxima que se debe a la colectividad; la posibilidad para cada quien de dedicarse al trabajo que más le acomode y de conducir ese trabajo de la manera que mejor estime; la seguridad de que seguirá siendo posible emitir las opiniones científicas que se conciban, sin más riesgo que el de tener que enfrentarse con argumentos, de orden científico también, que se les opongan. Importa meditar sobre si es conveniente seguir viviendo y laborando como hasta ahora, o si vamos a preferir ajustar nuestra conciencia, nuestro razonamiento, nuestras aspiraciones, nuestros propósitos, nuestra vida espiritual toda, a moldes rígidos que torturarán y destrozarán lo que a ellos no quiera avenirse. Esta no es una cuestión de política si esta palabra ha de decirse con la connotación vulgar que le da un sentido peyorativo. Es, sin duda, una cuestión que debe plantearse a sí mismo todo hombre que piensa, que siente, que quiere servirse de las más nobles facultades humanas para orientar su vida. Meditemos y reflexionemos sobre estas cuestiones y decidamos cuál ha de ser nuestro camino. Si queremos seguir viviendo la vida que hemos disfrutado y que hondamente amamos, es menester mostrarnos dignos de vivir esa vida.

Parece indiscutible que entre las causas que han hecho posible el derrumbe de normas de vida consideradas mucho tiempo como ideales, una de las más importantes ha sido alguna forma de egoísmo: el egoísmo del que se siente contento o simplemente resignado con su situación personal y no ha querido darse cuenta de que a veces es preciso arriesgar algo de su bienestar para asegurar el disfrute tranquilo del resto. Ha sido el excesivo aprecio de todo aquello que produce satisfacción personal y el abandono creciente de los deberes penosos de todos los días. Ha sido el olvido de muchas de las normas éticas de todos los tiempos y de

todos los pueblos. Apenas nos queda tiempo para aprovechar la lección, y, sin embargo, tenemos que aprovecharla en todos los órdenes de la vida: como médicos, como profesores, como hombres, simplemente. Como académicos podemos hacerlo, también.

Acaso esta alusión a la tragedia que destroza a un mundo sea juzgado por algunos como poco pertinente; pero es que pensamos que ha pasado el tiempo de las torres de marfil y del desdén por todo lo que no atañe inmediatamente a la labor de cada quien, y que apreciamos en toda su significación la gran verdad que encierra la vieja sentencia que nos recuerda que "hombres somos y que nada de lo que a la humanidad concierne, debe sernos ajeno".

Basta ya de cavilaciones. Apartemos nuestra atención del panorama universal y enfoquémosla, concretamente, sobre nuestra agrupación y sobre su inmediato porvenir. Por nuestra fortuna, la Academia Nacional de Medicina nunca ha sido círculo cerrado en el que se tratan cuestiones científicas por vanidoso impulso de exhibir saber o erudición o con la aspiración deportista de alcanzar un triunfo en discusiones más o menos bizantinas. Las ciencias médicas son tal vez las que más directamente y en más variados aspectos tienen contacto con la realidad humana. Las Academias de Medicina deben servir a la colectividad en que funcionan y contribuir al fomento del saber universal dentro del campo de las ciencias médicas. Nuestra Institución lo ha comprendido así y por ello es que pone igual interés en desempeñar su papel de órgano de consulta de la Administración Pública, como en sus funciones de estudio y de investigación. Creo, con toda sinceridad, que nuestra Academia debe continuar, redoblando sus esfuerzos, por la senda que se ha trazado y con la orientación definida de servir. Los informes anuales de nuestras labores, en los últimos años, acusan que esta es la actitud de la corporación; pero aún cabe mayor intensidad en esta acción. Son muy variados los aspectos en que se puede perseguir tal propósito. El médico que se encuentra, como si dijéramos, en la primera fila, apremiado por su agobiadora y multiforme labor de todos los días, sin elementos suficientes para obtener la mejor información acerca de las verdades nuevas que se lanzan a la circulación, suele ser presa de la vasta y tentadora literatura, más o menos científica, que con intereses precisos pero disimulados le ofrece cierto sector. Llega a ser casi increíble la

influencia que esta literatura alcanza sobre algunos médicos, ayudada con eficacia por la particular elocuencia del agente propagandista. Puede la Academia hacer una labor útil en este aspecto, sin entrar en terrenos que le están vedados, dando a la publicidad trabajos justos y serenos, del tipo de la "mise au point", sobre cuestiones de interés. El trabajo del académico llevará al médico sediento de la nueva verdad, la información correcta y pertinente que ha menester para su debida orientación, lo que inmediatamente se podrá traducir en mejoramiento de su actividad.

Revisando los informes anuales a que antes he aludido, se puede notar que ha decrecido el número de las "comunicaciones" sobre casos interesantes por típicos o por extraños, y que tanto suelen enseñar. No cabe duda de que el trabajo, más o menos monográfico, conserva y conservará el primer rango; pero es de desear que sin que disminuya el número de estas contribuciones, aumente el de las "comunicaciones" a que me refiero y que siempre hallarán, estoy seguro, la mejor acogida entre nosotros y entre todos los que siguen los pasos de la Academia.

En los últimos tiempos se ha hecho un esfuerzo meritorio y eficaz para mejorar, dentro de las actuales posibilidades de esta casa, el servicio de nuestra biblioteca. Es nuestro propósito insistir en este aspecto y abrigamos la esperanza de obtener mejor acomodo para nuestros libros y nuestras revistas, con el fin de permitir el manejo más cómodo y eficaz de unos y de otras. Procuraremos también que los señores socios sean informados con periodicidad regular, del material que se reciba en la biblioteca, mediante una nota mensual en la que se expresen los libros y las revistas recibidos en el mes, con los sumarios de estas últimas. Aun cuando estamos recibiendo desde hace tiempo un número importante de revistas, por canje con nuestra **Gaceta**, carecemos de varias publicaciones importantes que sería deseable tener a disposición de la Academia. Esta falta podría ser subsanada en buena parte, si los señores socios aceptaran expensar el importe de la suscripción a una revista. Sin esfuerzo alguno se comprende el gran beneficio que recibiríamos todos, el día en que pudiéramos disponer de setenta revistas más cuidadosamente seleccionadas. Este enriquecimiento de nuestra biblioteca extendería sus beneficios no sólo a los socios de la Academia, sino a todas aquellas

personas, médicos y estudiantes, que frecuentan nuestra biblioteca y contribuiría sin duda, para conseguir una mayor consideración para nuestra Academia, así como para aumentar la concurrencia a nuestras sesiones.

Estimamos que, sin perder en nada su orientación rigurosamente científica y sin variar en una línea su propósito de continuar consagrada al estudio y al fomento de las ciencias médicas, debe nuestra Corporación intensificar sus esfuerzos para influir dentro de la colectividad, a través de los médicos del país, con el fin de orientar, de aconsejar, de precisar, a efecto de lograr siempre creciente eficacia en los servicios de medicina preventiva y curativa. En relación con este aspecto quiere la Academia aumentar y hacer más eficaces sus relaciones con los médicos de los Estados. No es menester que venga yo a decir ahora las cualidades que el médico de provincia suele atesorar. Bien las conocéis. Son, ante todo, una ética rigurosa, ya que en el medio reducido en que ha de actuar, exigente en muchos aspectos, una conducta irreprochable es el único recurso para captar la confianza de los pacientes. Las condiciones en que suele trabajar lo hacen conocer a fondo a sus pacientes, estar apercibido de detalles, nimios a veces; pero que, bien valorizados, pueden ser de interés. La dificultad para consultar, en un momento dado, con otros compañeros o con los maestros, lo hace convertirse en su propio maestro y le obliga a estudiar con ardor y con provecho. Si bien carece casi siempre de la posibilidad de introducir en sus estudios el fecundo recurso de la experimentación, le queda siempre la posibilidad de ejercitar, amplia y minuciosamente, la observación y con ello es bastante para que su contribución, en muchos aspectos, llegue a ser no tan sólo aceptable, sino necesaria. Por ello es que se procurará que la Academia esté debidamente representada en todos los Estados en que sea posible, por medio de socios corresponsales. De esta suerte, la Academia responderá mejor a su título de Nacional y seguramente recibirá un estimable refuerzo en sus actividades con las contribuciones de los nuevos corresponsales. Dentro de este capítulo de fomentar las relaciones de la Academia con el Cuerpo Médico del país, se puede incluir el propósito de aumentar el tiro de

nuestra **Gaceta**, para que sea un número mayor de médicos el que se ponga en comunicación periódica con nosotros por medio de nuestra publicación.

Es seguro que, en el desarrollo de estas actividades, encontraremos desde luego el escollo de la escasez de nuestros recursos económicos. Por fortuna, nuestra Tesorería ha estado en manos hábiles y activas, y nuestra Secretaría ha contribuído también con todo interés, a obtener siempre el mejor provecho de nuestro pequeño caudal. Con rarísimas excepciones, los señores socios han cubierto con puntualidad sus cuotas, en la convicción de que esta es una manera de contribuir muy eficazmente a la vida de nuestra Institución. Pero, por encima de todo, justo es señalar que esta normalidad en nuestras actividades se debe en gran parte a la muy valiosa ayuda que recibimos de la Administración Pública, en forma de las subvenciones que la Secretaría de la Educación Pública y el Departamento de Salubridad generosamente han otorgado a nuestra Academia. Aprovechamos con gusto la oportunidad que nos brinda la presencia de los señores Oficial Mayor de Educación, y Secretario General del Departamento de Salubridad, para hacerles nuevamente patente nuestro profundo agradecimiento por la ayuda que imparten a la Academia y la súplica más atenta para que se nos siga impartiendo la misma ayuda, con lo cual la corporación podrá continuar sus trabajos con tranquilidad y con decoro. Para hacer frente a los gastos que sea menester hacer llamaremos a la generosidad de quienes puedan y quieran acudir en auxilio de una obra que, como antes hemos dicho, beneficiará no solamente a la Academia misma, sino que repercutirá, a través de la clase médica, en provecho de la colectividad toda.

Poco tenemos que añadir en relación con nuestra **Gaceta**. Desde que esta publicación ha quedado al cuidado de nuestro diligente y cumplidísimo Secretario Perpetuo, constantemente se mejora y estamos seguros que este progreso se seguirá acentuando en lo porvenir.

Faltaría a un deber ineludible y me privaría de una gran satisfacción, en la que participa toda nuestra Compañía, si omitiera expresar nuestro profundo agradecimiento a la Secretaría de Educación Pública y al Departamento de Salubridad, por la presencia, entre nosotros, de los señores representantes de sus titulares, sen-

timiento que abrigamos por igual para los señores representantes de las sociedades científicas hermanas y para todas las personas que concurren a este acto. Su presencia en esta ceremonia es para la Academia un honor y un estímulo que apreciamos en todo su valer.

Quiera la suerte sernos propicia en este año de labores que hoy se inicia y ayudar así a que el trabajo de la Corporación rinda los mejores frutos. Quiera la suerte sernos tan propicia que en breve podamos regocijarnos al contemplar la nueva paz ejerciendo sobre los pueblos su influjo bienhechor y fecundo, ya que, como en alguno de sus libros ha dicho aquel eminente hombre de ciencia que se llamó Charles Nicolle, "los beneficios de nuestra ciencia y todos los beneficios necesarios a los hombres, exigen la unión y la concordia".

●

El Día Panamericano de la Salud *

Por el Dr. MANUEL MARTINEZ BAEZ

Presidente de la Academia en el bienio 1940-1942.

En cumplimiento de un voto adoptado por la IV Asamblea Panamericana de Directores de Sanidad, celebrada en Washington en el pasado mayo, los gobiernos de los países de América han expedido recientemente sendos decretos por los cuales consagran el día 2 de diciembre de cada año como el "Día Panamericano de la Salud". Se ha escogido tal día porque el 2 de diciembre de 1902, con la celebración de la Primera Conferencia Sanitaria Panamericana, se inició una era de cooperación franca y comprensiva entre los países de América para coordinar los esfuerzos que cada uno hace en pro de la salud pública.

Un espíritu irreflexivo podría acaso pensar que la celebración a que aludo, no representa más que la extensión de una moda. Sin embargo, la consagración citada es algo que va mucho más allá de la futilidad de una moda o de la rutina de una costumbre. La salud, integridad y armonía de las funciones todas del organismo

* Leído en la sesión del 4 de diciembre de 1940.